



- D I E G O T A P I É -

Salamandra

Los treinta pueblos

- Capítulo segundo -

Salamandra

Los Treinta Pueblos



Por Diego Tapié

*La siguiente novela es solamente una obra de ficción.
Los hechos, nombres y lugares históricos aquí mencionados
pueden o no corresponder a datos históricos exactos.*

· Capítulo segundo ·

Aventurera

Isabel Del Cid

Nunca olvidaré el día en que conocí a mi amado Joaquín.

Vivíamos en Maldonado, madre, padre y yo. No sabía mucho de lo que pasaba tras el horizonte, mi vida se trataba solamente de encontrar la indómita libertad entre los campos florecidos de macachines que el viento hacía mover, coloreando de rosa y amarillo los pastos bañados por el sol. Jugaba a imaginar que era una gran aventurera explorando peligrosos parajes tierra dentro, lejos de la costa, lejos de mi hogar. Mientras mi madre con mano estricta y cariñosa perseguía mis momentos de ensueño tratando de enseñarme a ser una señorita de bien. Decía que una mujer no debe comportarse así, que debe tener

modales, saber hacer las labores del hogar, que debe ser servicial y respetuosa de su marido. -¿Para qué tanto aprender, si sólo va a servir para estar preso de los deberes?- Pensamientos que revoloteaban en mi cabeza en mi escape perpetuo por asumir el rol que la sociedad obligaba.

Y entre anhelos de aventura podía ver a mi padre cada tarde al caer el sol. Aquel gran brigadier de los Dragones desmontando con sable a la cintura y galones en sus hombros. Hombre recio y luchador que cuidaba del orden en una tierra de raíces mezcladas, codiciada por reinados más allá del mar. Una amenaza más lejana de lo que podía imaginar aquellos días, pero que años después vi hacerse realidad a nuestro alrededor. Fue entonces cuando nos tuvimos que mudar, era necesario que mi padre fuera a Montevideo que decían estaba amenazada de sitio portugués. Y con él fuimos nosotras, a una bella casa dentro de los gruesos muros de la fortaleza que protegía la ciudad, ese fue nuestro nuevo hogar.

Aún estaba todo en calma, pero la preocupación se respiraba en cada charla, en cada mirada. En cualquier momento todo podría cambiar. Nuestros soldados, los que blanden la espada en defensa de su gente, estaban más activos que nunca. Reuniones secretas, estrategias y asambleas que ocurrían paralelo a nuestra vida como mujeres. Aunque debo admitir que mi sed de aventura me presionaba como un filo punzante empujándome a tratar de escabullirme entre los asuntos de los hombres.

Entonces un día lo conocí. Aún forasteras, mi madre y yo, paseando bajo la protección de nuestras sombrillas por las calles de tierra suelta. Aromas de una ciudad que albergaba diferentes culturas; oíamos palabras en castellano, guaraní, francés y hasta inglés, por lo menos eso creo. Cruzó un carro con toneles de agua, y a su paso dejó polvareda en el aire, y al despejarse lo vi. Su cabello era como la ceniza y sus ojos de pura paz. Con su camisa sucia de acarrear cajones provenientes del puerto. Lo miré y él me miró. Su sonrisa es todo lo que necesito recordar de ese día.

A partir de ahí mis intereses eran otros. Salía a caminar cada mañana y cada tarde esperando verlo por allí. A veces tenía suerte y podía volver a disfrutar de su sonrisa. Mientras tanto mis aventuras fueron acabando, mi madre al fin consiguió capturar mis correrías. Quise asumir el deber que me requería para ser buena esposa algún día.

Montevideo de sitio, fuerzas enemigas ahora nos dirigían. Aquellos que lucharon años atrás ya no están. Se han replegado, otros han muerto. Nuestras esperanzas estaban con los caudillos que ahora se escondían preparando su contragolpe.

Joaquín era uno más en la batalla, jurado blandengue pasó a formar las filas de los que ahora no tenían autoridad ni mando. Los que en silencio buscaban la forma de resurgir contra un imperio opresor que limitaba las libertades y saqueaba nuestra tierra; la ahora llamada Provincia Cisplatina.

Nuestros vecinos, los Mendizábal, eran como tantas otras familias: fieles combatientes por la libertad, y su hogar era lugar clandestino de reuniones secretas. Yo iba a allí en el día a visitar a mi amiga, mi padre iba en las noches a ver a sus compañeros de lucha. Él no llevaba lumbre para no ser visto, pero jamás dejaba su pistola, la cual atravesaba en su faja escondida bajo el saco. Usaban puertas falsas y túneles pequeños que conectaban algunas casas. Yo anhelaba estar en su lugar, aunque sentía temor por él, por lo que pudiera pasarle. Afuera soldados de otras lenguas vigilaban ignorantes de las intenciones insurgentes.

Algún tiempo pasó, llegaban noticias de otras ciudades como susurros de desesperanza, Aun así y a pesar de que las fuerzas de oposición perdían miembros y la traición estaba a la vuelta de la esquina, el espíritu de unos pocos no se desmoronaba. Recuerdo cruzarme más de una vez con el hijo de los Sagastizábal que frecuentaba a mi amiga. Tenía unos veinte años y sus ojos reflejaban la vocación de servir en esta campaña libertadora, uno de los tantos que se unieron a aquellas filas en las sombras.



Han pasado diecisiete años de este nuevo siglo, y el mundo se acelera un poco más cada día entre cambios vertiginosos y novedades de otras tierras. Y yo sentada en el salón entre hilos y agujas, junto a mi madre que trata de enseñarme la ancestral sabiduría del bordado. Entonces alguien tocó a nuestra puerta y fue para mí la excusa perfecta para abandonar la tediosa labor. Corrí a la entrada y atendí el llamado, al abrir mi sorpresa fue grande y también muy agradable. Era Joaquín, el mayor de los hermanos Aragón, aquel que ilusionaba mis días desde hace más de cuatro años. Nerviosa y torpe no supe como recibirlo y cerré nuevamente la puerta; me sentí una tonta. Suspiré y volví a abrir. Pensé en cómo debía actuar una señorita educada y fingiendo mi sentir pregunté qué deseaba. Con el temple que lo caracteriza me dijo que mi padre lo había mandado llamar.

Entró puerta adentro mientras trataba de no mirarlo y hacía uso de mi educación mientras mi corazón latía veloz como el de un pájaro. Rezaba porque su intención fuera pedir mi mano, o algo así, ese era mi gran anhelo. Mi madre se sonreía con complicidad mientras le daba la

bienvenida. Sabía muy bien de mis sentimientos y por eso nunca me había presionado para casarme, aunque ya había llegado a mis veintidós primaveras.

Joaquín se reunió con mi padre en la habitación a puerta cerrada, yo estaba nerviosa no imaginaba el porqué de tal evento, así que mi curiosidad me obligó a apoyar el oído en la madera de cedro. Entonces escuche algo que no esperaba, algo sobre una misión especial y secreta. Sólo Joaquín era el indicado para poder salir de la ciudadela sin ser identificado y hacer un largo y peligroso viaje hacia el norte para vigilar los movimientos de una posible amenaza. Hablaron algo más acerca de que alguien lo ayudaría en el camino para guiarlo en territorios salvajes. Oí algo más respecto a que debía salir cuanto antes en esa aventura. Pero mi madre me sorprendió espiando y tuve que volver a la sala. Luego sólo saludó y se fue.

Sabía que algo importante ocurría y no quería quedar afuera si se trataba de una oportunidad para hacer algo divertido junto a Joaquín. Sabía que no podía hablar con mi padre, si supiera que yo quiero acompañarlo, no sólo me lo

prohibiría, también me encerraría. Así que primero esperé el momento para inmiscuirme entre los escritos de mi padre y buscar pista sobre todo esto. Entre documentos sellados me encontré lo que buscaba y entonces supe que hacer.

Fue unos días después de esa reunión que Joaquín se preparaba para salir. Yo reuní algunos víveres, me cubrí con una capa, até mí cabello y escapé por mi ventana de mi habitación por la madrugada para salir tras él. Lo seguí en la oscuridad. Lo vi entrar a hurtadillas en un túnel bien oculto y fui tras él, dándole distancia para no ser vista. El pasaje era extenso, aunque estrecho. Con cuidado avancé esperando no ser descubierta. Al salir estábamos a un lado de los muros entre las rocas de la costa y los pastizales. Joaquín miró a todos lados antes de proseguir, yo me escondí silenciosa y no pudo verme. Siguió un sendero casi oculto por el cardal, un camino al cual los vigías no lograban ver. Cuando quise acordar ya estábamos lejos del peligro.



Caminamos algunas horas, hasta que lo vi llegar a un monte tupido donde lo esperaba un hombre. Aún no amanecía, no podía ver bien su rostro, sólo veía siluetas. Temí que desde allí montara a caballo y se alejara de mi vista. Estaba temblando, un poco por el miedo de mí hazaña, otro poco por el sereno de la noche. Así que no tuve más que aparecerme ante él, ya no teníamos retorno. Surgí de entre las sombras y ambos dieron un salto a atrás del susto. Se creyeron muertos. Pero enseguida me descubrí y pudieron ver que no era una amenaza. Joaquín entonces reaccionó con vehemencia cuestionando mi coraje. Me quiso mandar de vuelta a casa, pero era claro que ya no era una opción.

El hombre que lo acompañaba era un indio, su nombre era Yvirú, tenía aspecto de ser propio de las misiones jesuitas, con ropas blancas y botas de potro. Estaba solo allí, esperando a Joaquín, era su contacto fuera de la ciudadela que lo ayudaría en el viaje.

Mientras excusaba mi osadía y Joaquín retaba mis acciones, Yvirú pidió silencio, su rostro se volvió como el

de un puma furtivo y con una mano en su oído dijo -
busquemos refugio, estamos en peligro aquí.

Inmediatamente nos escondimos justo para evitar ser vistos por los guardias portugueses que pasaban en carro.

Cuando el peligro al fin pasó, y aún seguíamos cubiertos por los matorrales, Yvirú comento en voz baja que debíamos seguirlo en silencio por las sombras hacia un claro cerca de allí, nos aguardaban dos caballos ensillados prontos para partir. Pero inmediatamente Joaquín exclamó - No podemos llevarla con nosotros, ella debe volver a su hogar esta misma noche.- -No podemos arriesgarnos a ser descubiertos ahora- contestó Yvirú. Así que tuve que aclarar la situación -Yo iré con ustedes y es una decisión tomada, les aseguro que no seré una molestia- Y continué -Además le dejé una carta a mis padres antes de salir para que no se preocupen- Y mirando a Joaquín continué -Les dejé escrito que vendría contigo y que tú me cuidarías. - Tomándose la cabeza exclamó rendido -Adiós a mi carrera militar-.

Llegamos hasta los caballos. Montamos. Joaquín y yo tuvimos que compartir caballo, pero eso no me molestaba en lo absoluto. Por fin pasaría tiempo al lado suyo.

El camino no fue fácil; horas de montar a caballo sin descanso y evitando ser vistos por mercenarios y ladrones. Si me viera mi padre ahora, pondría el grito en el cielo. Solo nos detuvimos junto a un arroyo para rellenar un par de botas que había traído Yvirú. Nos dirigíamos hacia la ciudad fortificada de Colonia.

A mitad de camino llegamos a una posada. Una vieja casona de piedra y un par de faroles a los lados de una vetusta y pesada puerta. Atamos los caballos al palenque junto a unos barriles y cajas. Al entrar nos invadió un espeso aroma a alcohol y ollas quemadas. Un par de hombres de malvivir nos miraban de reojo mientras se secaban con la manga de sus camisas el vino que se derramaba de sus desagradables bocas. Nos acercamos al mostrador y Joaquín pidió algo para comer los tres. Yo me sentía bastante incómoda y observada y me dije a mis misma: -Tengo dos opciones: me dejo abrumar por la

situación, o “tomo el toro por las astas”.- Así que me dirigí al posadero con firmeza y le pregunté si tenía ropas y botas que me pudiera vender. Me dijo que solo tenía ropas de hombre y unas botas viejas que me quedarían grandes, pero que si me servían me las vendía. Atrás de él, una puerta medio abierta dejaba ver a su hija que nos espiaba. Señalando a la muchacha pregunté -¿Cuánto por las que calza ella?-. Y me dijo: -Esas son botas finas, pero esos pendientes que traes en las orejas pueden servir de pago.- Sin dudarle me quité los pendientes de oro que mi madre me había regalado y los puse sobre el mostrador.

Retomamos el viaje. Era hora de seguir. Ahora mi atuendo llamaría menos la atención y sería más apropiado para ésta, al fin, mi primera aventura.

Salamandra es una obra original escrita e ilustrada por Diego Tapié. Copyright 2020.
Todos los derechos reservados. Prohibida su copia, venta o publicación sin el permiso
de su autor. Apocalipta comics | www.apocalipta.com | Uruguay

Agradecimiento especial a Juan Martín Da Rosa.
Compañero de aventuras en este proyecto, co-creador de conceptos e ideas.



www.apocalipta.com